



Biografía de Frida Kahlo

Por: Gerardo Ochoa Sandy

I

El seis de julio de 1907, en la Ciudad de México, nace Frida Kahlo en la Casa Azul, en Coyoacán, Ciudad de México. Guillermo Kahlo, su padre, fotógrafo, era un inmigrante judío de origen húngaro-alemán nacido en 1872 y que llegó a nuestro país en 1890, a los 19 años de edad. Inicialmente casó en 1884 con María Cardeña, con quien concibió dos hijas, María Luisa y Margarita. La señora falleció en el segundo parto, en 1897.

El padre de Frida poco a poco iba integrándose a México, con el auxilio de la comunidad alemana. Fue empleado de la joyería La Perla, ubicada en la actualidad en la calle de Madero y frecuentada por la alta sociedad del porfiriato. Luego de la muerte de María Cardeña, Kahlo casó, tres meses después, con Matilde Calderón, su compañera de trabajo en La Perla. La pareja tuvo cuatro hijas: Matilde, Adriana, Frida –su nombre completo: Magdalena Carmen Frida Calderón– y Cristina. El hijo, Guillermo, falleció pocos días después de su nacimiento.

Es en México donde Guillermo Kahlo se inició como fotógrafo, como lo fue su segundo suegro, Antonio Calderón. Esta probable influencia, la circunstancia de su trato con los clientes de la joyería y el apoyo de la comunidad alemana en México lo ayudaron a consolidar su posición social. Invitado por José Ives Limantour, ministro de Hacienda del presidente Porfirio Díaz, entre 1904 y 1908 se ocupó del registro fotográfico de inmuebles y monumentos históricos relevantes para la historia de México, aportación visual para las publicaciones conmemorativas del centenario de la Independencia. Kahlo imprimió alrededor de 900 placas de vidrio, actualmente parte del acervo del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Este proyecto le permitió la construcción de la casa de Coyoacán y ofrecerle educación a sus hijas. La bonanza concluiría con el fin del Porfiriato y la familia

pasaría severas estrecheces, lo que llevaría al fotógrafo a hipotecar la Casa Azul y rematar en un lote el mobiliario de la sala.

Frida lo auxiliaba en el laboratorio, el retoque de las fotografías y en cuestiones prácticas relacionadas a la toma de las imágenes. También durante los ataques de epilepsia que padecía, ayudándole a recuperarse, razón por la que lo acompañaba durante las sesiones fotográficas. Luego sería Frida quien comenzaría recibir los auxilios de su padre. En 1913, a los seis años de edad, Frida enferma de poliomielitis, lo cual le deja la secuela de la pierna derecha más delgada, algo más corta y menos desarrollada, y el pie ladeado hacia afuera. El fotógrafo la animaba para que se ejercitase con el uso de la bicicleta y con la práctica de la natación.

II

En 1922 Frida ingresa a la Escuela Nacional Preparatoria, ENP, ámbito educativo donde ebullecían las ideas de avanzada de la época, impulsadas por la Revolución Mexicana y la apuesta educativa de José Vasconcelos, secretario de Educación del presidente Álvaro Obregón. En la Escuela tuvo a sus dos primeros maestros de arte, el de dibujo Luis G. Serrano y el de modelado Fidencio L. Nave, aunque no parece que hayan ejercido una influencia relevante en su vocación, ni que Frida en general mostrara interés. La ocupaban más las actividades físicas para contrarrestar las secuelas de la enfermedad.

Al menos de manera simbólica, la escuela era mixta, dado que de una generación de dos mil alumnos había 35 señoritas, lo que bastaba para perturbar a las familias conservadoras. Por ello, durante los recreos, las muchachas eran llevadas aparte para que no convivieran con los jóvenes en el patio. De cualquier modo, la atmósfera nacional, la apertura escolar a estudiantes de ambos sexos y las lecturas influyeron en su mentalidad, preámbulo de su futuras posiciones políticas y feministas, así como su interés por los asuntos públicos, lo que desde entonces experimentaba como un derecho propio con naturalidad.

Hay testimonios acerca de su carácter en aquella época. El de una muchacha jovial, rebelde durante las clases, poseedora de un lenguaje chispeante, diestra para ponerle motes a sus

compañeros y traviesa –rentaba bicicletas para trasladarse al plantel, que no devolvía, por lo que en algunas ocasiones Renato Leduc, quien se convertiría en un destacado poeta y periodista, tuvo algunas veces que ir a rescatarla de la comisaría–. El carácter de Frida era pues opuesto al de su padre, un hombre reservado y taciturno, inmigrante obligado a labrarse un porvenir, viudo de su primera esposa, y epiléptico.

En la ENP, Frida se unió a un grupo estudiantil denominado “Los Cachuchas”, integrado mayoritariamente por varones: Alejandro Gómez Arias, Miguel N. Lira, Agustín Lira, Manuel González Ramírez, Angel Salas, Carmen Jaime, Jesús Ríos y Valles y Alfonso Villa –Frida y Carmen Jaime eran las únicas muchachas. Los unía la amistad, el interés por las letras, las ideas y la política, y la cachucha que los emblematicaba. Los jóvenes eran bilingües y buenos lectores. Frida trilingüe: español, inglés y alemán –aunque se sentía insegura con la lengua paterna y evitaba hablarla–. Una de sus lecturas más apreciadas era *Vidas imaginarias* de Marcel Schwob. Incluso estaba familiarizada, debido a su padre judío alemán, con la Cábala, por lo que se advierte en algunas de sus notas, apuntes y obras de la etapa inicial.

III

EN la ENP conoce a Alejandro Gómez Arias –estudiante de Derecho, notable orador, futuro líder del movimiento por la autonomía universitaria, luego respetado periodista—con quien establece un noviazgo. No obstante Gómez Arias, en los últimos años de su vida, indicaría que dada la mentalidad de Frida y del momento que vivía México, sería más exacto decir que eran “amantes jóvenes”.

El 17 de septiembre de 1925, Frida y Gómez Arias viajan en un autobús que es arrollado por un tranvía, destruyéndolo por completo. El pasamos de metal atraviesa a la joven por la cadera, fracturándole el hueso pélvico, y sale por la vagina. La colisión le ocasiona además tres fracturas en la columna vertebral, una en la clavícula, en dos costillas, y le descoyunta el hombro derecho. La pierna derecha, la aquejada por la poliomielitis, sufre once fracturas, más dislocación del pie.

Fue el inicio de una tortuosa existencia desde el punto de vista físico, psicológico y emocional. Los frecuentes padecimientos, los crecientes dolores, los prologados periodos de reposo en el lecho

y la constante fragilidad fueron minándola sin miramientos. A lo largo de su vida Frida fue operada en múltiples ocasiones, algunas de ellas desastrosas, con largas convalecencias y secuelas graves, y utilizó alrededor de 25 diferentes corsés como correctores de su postura. Tres embarazos –en 1930, 1932 y 1934– acabaron en abortos. Adicionalmente, durante la última etapa le fue amputada una parte de la pierna derecha, abajo de la rodilla, amenazada por la gangrena.

Guillermo Kahlo vuelve otra vez a su auxilio. Frida había observado que su padre tenía una caja de pinceles y colores y le pide se la comparta. El padre la coloca en sus manos y su madre, con quien no tenía una buena relación, encomienda a un carpintero realice un caballete que se adecue a su obligado reposo en cama. Paulatinamente, Frida encontrará en la pintura una vía de sobrevivencia y expresión de estos dolorosos episodios biográficos, en los que entrelaza la crudeza con la expiación y donde convergen los afluentes de lo onírico y lo simbólico, más notas irónicas y cruentas, y referentes a la cultura popular de México. Esta biografía plástica será complementada con el registro de su ascendencia familiar, retratos de figuras públicas, y algunos momentos urbanos y naturalistas.

El énfasis central estará en su indagación acerca de la identidad, lo que la llevará a realizar autorretratos, muchos de ellos portentosos y sin lugar a dudas los más vívidos y emblemáticos dentro de la tradición plástica de México. A lo largo de esa no planeada secuencia autorreferencial, pues surgirán con la imprevisible espontaneidad y contundencia de un terremoto, la fuerza expresiva de sus diferentes actitudes y la enigmática belleza de su faz serán la fuerza centrípeta que aspirará a integrar las circunstancias de su corporeidad rota y de su alma lastimada, ambas en persistente convalecencia.

Eso no lo sabía la joven Frida, que se esforzaba en adaptarse a su nueva condición, como tampoco atestiguaría los alcances de su obra dentro del imaginario colectivo nacional e inclusive occidental. En ese momento lo importante era la vuelta al mundo y por su propia cuenta, luego del alejamiento de Gómez Arias. En su biografía, en su correspondencia y en distintos testimonios, el joven abogado resta relevancia al romance e incluso rechaza haberle dejado justo después del accidente. Las cartas de Frida constatan no obstante que el vínculo era profundo, que le necesitaba,

y que le lastimaba su ausencia. El primer autorretrato al óleo que pintó Frida, se lo dedicó a Gómez Arias. El contacto entre ambos, no obstante, continuó. Lo que se dijeran entonces sin decírselo es un misterio.

IV

Frida frecuenta los círculos artísticos y sociales de la capital. A través del comunista cubano Juan Antonio Mella y su compañera la fotógrafa italiana Tina Modotti, conoce a Diego Rivera. En una ocasión Frida lo busca para mostrarle lo que pinta. Diego la anima, la relación se estrecha y el muralista se vuelve visitante asiduo de la Casa Azul. Los lazos de afecto nacen de ambas partes, la relación prospera y contraen nupcias en 1929. Diego de 43 años, Frida de 22. La boda entre un elefante y una paloma, acotaría la muchacha. El muralista ayuda a su nueva familia política a desahogar sus estrecheces y paga la hipoteca de la Casa Azul, que queda a nombre de su cónyuge.

Esa propiedad será su primer lugar de residencia, visitada por protagonistas de la vida cultural de México y el extranjero. Luego los artistas pasan una estancia de tres años, de finales de 1930 a finales de 1933, en distintas ciudades de Estados Unidos, Nueva York y Detroit entre otras, donde Diego ocupado en distintos murales, el controvertido del Centro Rockefeller entre ellos. Durante ese periodo Frida sufre su primer aborto y encontrándose fuera de México fallece, en 1932 su madre Matilde Calderón. A su regreso a la capital habitarían desde 1934 lo que se conoce en la actualidad como la Casa Estudio Diego Rivera y Frida Kahlo, en San Ángel, construida en estilo funcionalista por el arquitecto Juan O´Gorman, responsable a la vez de una futura ampliación en la Casa Azul.

A Frida y Diego los unió, además del afecto y el arte, su simpatía por los ideales revolucionarios de la época. Los dos estaban afiliados al Partido Comunista de México. A la larga, Diego expresaría sus diferencias y sería expulsado de la organización, alineada a la Unión Soviética. Frida llegaría a pintar un retrato del líder soviético José Stalin, dejaría testimonio escrito y visual de su adhesión a la revolución soviética en su diario, y decoraría la cabecera de su cama con su foto y las de Marx, Engels, Lenin y Mao.

La actitud de Diego era la de un animal político, un zoon politikon, que escribió con asiduidad textos sobre el arte y la política. La de Frida era más emotiva, humanitaria e idealizada, igual de auténtica. Al margen de tales vicisitudes, la pareja acoge en México, entre 1937 y 1939, al disidente León Trotsky, perseguido por Stalin, y a su esposa. Frida tendría un breve amorío Trotsky, a la postre sería asesinado por Ramón Mercader, comunista español y agente de Stalin.

La relación entre la pareja era apasionada y creativa. Los conflictos eran igualmente frecuentes, derivados de las incontables infidelidades del pintor, acaso más de veinte, habría cuantificado Frida en algún momento. La artista incurría en la misma flaqueza, propensión o afición, por despecho, por capricho o por placer, tanto con hombres como con mujeres, amistades o cercanos de ambos. La infidelidad más grave de Diego es con Cristina, la hermana menor de Frida y acaso la más cercana a ella. Los artistas se divorcian en 1939, y vuelven a casarse en 1940, bajo un acuerdo común: vidas sexuales autónomas. Diego toleraba más las relaciones lésbicas de Frida, pero no tanto las heterosexuales. En 1941 muere Guillermo Kahlo.

V

Durante un largo periodo la crítica cultural enfatizó la idea de que Frida había sido una artista marginada en su época y que el reconocimiento llegaría después de su muerte. En décadas más recientes, a causa del boom de la llamada fridomanía, que inicia en los círculos feministas europeos de los años '70 entre otros ámbitos, se subraya que su obra en vida había alcanzado el alto aprecio de Pablo Picasso, Vasili Kandinsky, Paul Klee, Marcel Duchamp y André Breton, entre otras prominentes figuras del arte moderno europeo. Las dos lecturas, de una manera o de otra, son exageradas y son ciertas.

En 1938 tuvo su primera exposición individual, realizada en la Galería Julien Levy en Nueva York, que celebra con un texto André Bretón, definiéndola como surrealista, acepción que Frida rechazaba, aunque en el librero contiguo a su cama tenía cerca de ella literatura sobre esa corriente. Lo mismo participa en diversas colectivas. En 1939 forma parte de la exposición Mexique en la Galería Renou et Colle de París. En 1940, Veinte siglos de arte mexicano y en 1942

Retratos del siglo XX, ambas en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, incluyen obra de su autoría. En 1941 el Instituto de Arte Contemporáneo de Boston la incluye en la muestra Pintores modernos mexicanos y en 1943 el Museo de Arte de Filadelfia en Arte mexicano de hoy, entre otras.

En tanto, en México, Frida participa en 1940 en la Exposición Internacional de Surrealistas presentada en la Galería de Arte Mexicano de Inés Amor, en 1947 en Cuarenta y cinco autorretratos de pintores mexicanos: Siglos XVIII al XX en el Palacio de Bellas Artes de 1947, y en 1949 en la exposición inaugural del Salón de la Plástica Mexicana. La artista también se integra al Seminario de Cultura Mexicana como miembro fundador en 1942 y como maestra de la escuela de artes plásticas Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado “La Esmeralda” en 1943, donde algunos de sus alumnos conforman el colectivo “Los Fridos”. Es cierto, la única exposición individual en vida en México fue inaugurada en 1953, en la Galería de Arte Contemporáneo de Lola Álvarez Bravo, el año previo a su muerte.

Es riesgoso referirse a la lista de sus obras más emblemáticas, por lo que apelemos a la subjetividad: Las dos Fridas, La columna rota, Hospital Henry Ford, Unos cuántos piquetitos, El venado herido, Diego y yo, Diego en mi pensamiento, Mi nacimiento, Mi nana y yo, El abrazo de amor de El Universo, la tierra [México], Yo, Diego y el señor Xólotl, así como Autorretrato con traje de terciopelo, Autorretrato con mono, Autorretrato con monos, Autorretrato con changuito y collar de serpientes, Autorretrato con collar de cuentas redondas de jade, Autorretrato con collar de espinas y colibrí, Autorretrato como tehuana, Autorretrato con medallón, Autorretrato con pelo suelto, Autorretrato con pelo cortado, más sus corsés, vestuarios, accesorios, su diario y correspondencia personal.

VI

Los últimos años son tortuosos, ante las constantes recaídas de su salud y la proximidad de la muerte. En 1950 permanece prácticamente todo el año convaleciente en el hospital a causa de una infección derivada de un negligente injerto en su columna. En 1953 llegaría, contra las indicaciones

médicas, a la inauguración de su única exposición en México en una ambulancia, de donde sería bajada en su cama de hospital. Es el año en el que le amputan una parte de la pierna derecha.

Para 1954 Frida no tendrá más alas para volar. Los dolores y el desánimo la orillan a dos intentos de suicidio, con sobredosis de opiáceos, el 19 de abril y el seis de mayo. El último fulgor de la llama de su vida ocurre durante su participación, en silla de ruedas, en la marcha de protesta del dos de julio, al lado de Diego y Juan O'Gorman, por la intervención estadounidense a Guatemala.

El 13 de julio Frida fallece a los 47 años de edad. Es velada en el Palacio de Bellas Artes. A la ceremonia asisten Lázaro Cárdenas, Heriberto Jara, David Alfaro Siqueiros, Lola Álvarez Bravo, Juan O'Gorman, Efraín Huerta, Lupe y Ruth Rivera, María Asúnsolo, entre muchos más. El ataúd es cubierto con la bandera del Partido Comunista Mexicano, lo que ocasiona el cese del director general del Instituto Nacional de Bellas Artes, INBA, Andrés Iduarte.

VII

Estaba cerca el inicio la leyenda, aunque todavía tomaría un par de décadas.

La cinematografía hizo su aportación. *Frida, naturaleza viva*, del cineasta mexicano Paul Leduc, con Ofelia Medina en el papel de Frida y Juan José Gurrola en el de Diego, es la película ganadora en 1985 del Ariel –el Óscar de México– en ocho de sus nominaciones, la mejor película del año del año entre ellas. En 2002 aparece *Frida*, la versión de la cineasta estadounidense Julie Taymor, ganadora de seis premios Óscar, entre el que destaca el otorgado a la actriz mexicana Salma Hayek, quien le gana el papel a Madonna, por su caracterización de la artista, ganadora de la misma distinción en los Globos de Oro y en los premios BAFTA, del Reino Unido.

Los historiadores de arte de diversas partes del mundo han contribuido también. La lista de biografías y esbozos biográficos, ensayos y artículos, desde distintas perspectivas, es incontable, y sigue en aumento. Lo mismo sucede con las decenas de exposiciones nacionales e internacionales dedicadas a su Frida o en el contexto de colectivas. En tanto referente cultural, Frida Kahlo ha devenido a la vez en ícono feminista, referente para las jóvenes milenials a la búsqueda de construir

sus propias identidades, en un estilo de vestuario y maquillaje, en la explotación comercial de su imagen.

Paralelamente, por el solo impulso de su vida y obra, Frida ha suscitado uno de los más apasionantes fenómenos de sincretismo cultural. En los tradicionales Altares de Muertos que se elaboran en México en remembranza de los difuntos, la fotografía de Frida es obligada. Del lado de la tradición anglosajona del Halloween, en tanto, Frida es un motivo de vestuario que convive con fantasmas, murciélagos, embalsamados, zombies y muchos otros seres del más allá.

En otra latitud Frida, que reconstruyó su identidad atropellada por un accidente, basándose exclusivamente en lo que le daba particularidad, es de la misma manera referente de otra identidad, la nacional. Lo que sucede con Frida, desde esta perspectiva, solo es equiparable al destino que ha tenido la obra de José Guadalupe Posada, quien igualmente ocupa un lugar de honor en el Halloween inglés. Los dos únicos artistas de México que han logrado algo similar, al margen de la construcción del nacionalismo de Estado y la invasión del American Way of Life.

No es un dato anecdótico: esa identidad restaurada nos hace llamarla solo por su nombre de pila –no el primero ni el segundo sino el tercero– y sin apellidos.

El más reciente hallazgo, ocurrido en 2003, de innumerables archivos y objetos personales en la Casa Azul, ratifica su vitalidad.

Frida escribió, al final de su diario, antes de su muerte, a manera de despedida: “Espero alegre la salida y espero no volver jamás”.

Se fue.

Y se quedó para siempre.